

Crónicas

Le corresponde hoy al Instituto de Investigaciones Históricas, su Instituto, celebrar que durante 50 de los 56 años que han transcurrido desde su fundación ha tenido la fortuna de contar entre sus investigadores a quien no sólo ha destacado como académica sino que ha participado activamente en su vida institucional.

Mi agradecimiento a quienes hoy nos acompañan en tan placentera ocasión. Mi gratitud también para quienes aceptaron gustosos tomar parte en este acto. Pero, sobre todo, muchas, muchísimas gracias a Josefina Muriel por permitirnos festejar sus 50 años de fecunda, plena y ejemplar vida académica.

Virginia GUEDEA

Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito Cultural de la UNAM
México D.F.
guedea@servidor.unam.mx

Vida y estudios de Josefina Muriel*

Ante el cúmulo de alabanzas expuestas por el Dr. Miguel León Portilla, que me ha precedido en el uso de la palabra, no me toca sino ser el glosador.

No haré una glosa retórica y erudita como las que redactaban los Santos Padres, pues no acabaríamos en este día, sino que haré una presentación de algunas cualidades personales de Josefina. No daré tampoco una visión hagiográfica, pues aunque Josefina cultiva muchas virtudes, no lo hace como dispone el canon, en grado heroico, sino muy humanamente, lo cual dobla la calidad de la virtud.

Una de las «cualidades» como lo exigía el Arcipreste de Hita, es la de la constancia, la de la perseverancia de la voluntad en una actitud vital, en una entrega puramente a algo que se quiere, en mantener enhiesto el ánimo ante algo que se considera como un valor inmutable. Ese afán perseverante es tal vez la cualidad más sorprendente de Josefina Muriel.

Ha perseverado en forma paralela en el trabajo, en la obra cotidiana realizada sin tregua, pero creo que con fatiga siempre superada. El laboreo continuo que se ha impuesto, inteligente y prudentemente realizado, no le ha provocado rictus ninguno de desagrado o desamor, sino que se ha trocado, pues es un hecho voluntario, en un estado de satisfacción, de alegría. Lejos está de presentarse como víctima, como heroína del trabajo, del deber cumplido. Siempre la hemos visto alegre y satisfecha por la tarea realizada.

Junto a esta sana y valiosa actitud, cumplida sin regateos, con humildad y sin vanidad ninguna, coexiste su indeclinable elección a trabajar en torno a una materia cuyo valor

* Texto leído en el acto académico, celebrado en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM (México, 31 de mayo de 2001).

intuyó desde muy joven a la que ha entregado su vida entera y la cual tiene hoy, gracias a su participación, un sólido prestigio.

Josefina quiso ocuparse, y lo ha hecho magistralmente, de estudiar cuál ha sido en la historia mexicana, la participación que la mayoría de los mexicanos, esto es, las mujeres, han tenido, cuál ha sido su actitud ante la vida, qué es lo que han ofrecido como aporte voluntario a la formación de nuestra sociedad, de nuestro país. Ha tratado de penetrar en el maravilloso quehacer femenino y descubrirnos la trama mágica que envuelve el mundo de las mujeres. No nos ha endilgado un vacío mundo de quisquilleos amorosos, de intriguillas palaciegas o rudamente mundanas, materia en la que se da profusa y despreciable literatura, sino que ha ahondado en precisar el papel que se otorgó a la mujer desde el rudo encuentro de dos naturalezas, de dos mundos diferentes.

La penetración sagaz, fina, precisa, en la conceptualización que se dio a las mujeres, a su personalidad material, intelectual y espiritual desde los iniciales años de la colonización europea, ha sido en Josefina atención permanente, no obsesiva, sino reflexiva. Con fino tacto ha podido precisar ideales y tendencias que las instituciones y los hombres han mostrado en torno a las mujeres y cómo esa actitud se ha revelado en costumbres, en normas legales, en acciones y hechos concretos. Por igual ha analizado el ámbito civil y el eclesiástico en el que se ha desarrollado la vida femenina, la conducta de cientos y miles de mujeres, y este estudio comprende tanto la acción de algunos grupos como la de mayores conglomerados.

La historia de las mujeres estudiadas por Josefina Muriel no es una historia con tufos feministas ni de ostentoso populismo, sino una historia que muestra positivamente cómo a lo largo de varias centurias la sociedad mexicana, dentro de la cual descuellan generosos personajes, hombres y mujeres, la mujer mexicana, india, mestiza, criolla o española, se ha desenvuelto, bien en instituciones educativas y de beneficencia, bien en ámbitos conventuales, bien en centros de readaptación. Josefina ha elaborado una historia, no de la crueldad ni la de la infamia, sino la preñada de amor, del trato fraternal y positivo, la conciliadora, la que evitó la destrucción del prójimo y la que prohió la conducta fraternal, el gesto conciliador, la que hizo posible la existencia de un país socialmente diverso, pero espiritualmente cohesionado.

Para lograr esto, para poder escribir morosa y pacientemente tantos libros, como los que aquí se han mencionado, y una variedad de artículos, frescos, transparentes, recios y gratos, Josefina perseverantemente ha realizado un esfuerzo vital sobresaliente.

Su actividad magisterial, que fue corta pero lúcida y positiva no le impidió investigar ni escribir. En su vida matrimonial, intercaló la redacción de un libro con un alumbramiento. Unida a reputado galeno que alentó y supo respetar la actividad académica de Josefina, el doctor Gregorio González Mariscal con quien formó hermosa familia con hijas igualmente estudiosas y dedicadas, supo alternar la vida de hogar con la del estudio, dicha coincidencia. Los últimos años la hemos visto dirigir una institución, su añorado archivo de las Vizcaínas, sin descuidar de dar los toques últimos a nuevas ediciones de los Hospitales y de los Conventos de Monjas. Ha combinado con pasmosa atención, sus afanes maternos, su vida en sociedad, el cultivo de la amistad, con su no compulsiva sino razonable decisión de trabajar, como aconsejan los sabios: «nulla die sine litteris» de tal modo que su vida es un pasar placentero y creativo.

Crónicas

Esa actitud ha sido en ella una constante firme. Si volvemos los ojos a los pasados años, vemos a su delicada figura moverse entre una parvada de hermosas e inteligentes compañeras.

Si bien nuestra relación familiar por lejanías de tiempo y espacio no facilitó nuestra comunicación, esa se acreció durante nuestros estudios. Encontré a Josefina como alumna de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando estuvo en Mascarones. Allí tuvo la facultad una fisonomía material y espiritual, muy diversa a la que hoy tiene, abigarrada y populachera.

Coincidimos en las cátedras de don Manuel Toussaint y en las de Rafael Heliodoro Valle, sabias y gratas. Al lado de Guadalupe Pérez San Vicente, Amalia López Reyes, Yolanda Maciel, Ofelia Yarza, nuestra homenajeadada jugaba un buen papel. Con ellas integramos, apoyados por Francisco de la Maza, Fernando Sandoval, Manuel Carrera Stampa, Alfonso García Ruiz, que eran del Colegio de México y con Adrián León, Pedro Carrasco y otros colegas de antropología, la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas a la que se adherirían Ignacio Bernal y Guillermo Porras Muñoz.

La Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, prohijada por Edmundo O'Gorman, Arturo Arnaiz y Freg, Wilberto Jiménez Moreno tuvo destacada actuación. Josefina, Lupe Pérez, Ida Rodríguez tuvieron en ella notable participación. Por ese tiempo, Josefina optaba por la maestría en Historia y se preparaba para ser una de la primeras candidatas al doctorado. Su tesis, bien fundamentada, pero mal entendida por algunos que la vieron como obra de beatería, conmovió la mentalidad académica. Los Conventos de Monjas abrieron el camino a nuevas investigaciones; se cortó la coacción que el liberalismo reformista y más aún, el socialismo revolucionario imponían a determinados estudios históricos. El libro fue una novedad y una apertura que no envaneció a la autora, sino que reafirmó su convicción de proseguir estudios afines.

Luego de un periodo en medios diferentes en los que afirmó su convicción y dentro de los cuales tuvo una franca y entusiasta participación, pues sus ahora ya ancianos colegas la recuerdan plena de simpatía y hermosura que reforzaban sus rebozos corales y azules, según la narración de Muro Orejón y de Calderón Quijano, Josefina volvió a México, en donde se enfrentó digna y valientemente a la formación de una bella familia y al mismo tiempo a la elaboración de un libro tras otro en los que historia con dignidad, con amor, como obliga el precepto paulino, y con sapiencia, la existencia de las mujeres mexicanas, su vida en condiciones diversas y adversas, sus logros en la cultura mexicana. Josefina ha penetrado con certeza y buen sentido en la historia de más de la mitad de la sociedad mexicana, la más tierna y delicada y también vigorosa. La valoración histórica que ha hecho, no de un segmento, sino de la fracción más poderosa de nuestra población, la que con callada inteligencia impone sus normas, sus razones, su sentido a nuestra vida total, encontró en Josefina Muriel a su rapsoda, a su cronista, a su más fiel intérprete. La constancia que ha puesto en esa labor fija, firme, continua, acredita a nuestra homenajeadada, como la intérprete más fiel y firme que las mujeres de los pasados siglos han tenido.

Ernesto DE LA TORRE VILLAR
Nabor Carrilo, 173
Olivar de los Padres
01780 México D.F.